

... y su desenvolvimiento, la Pelena que plantearon nuestros regimenes en condic...

... de los hombres superiores, y de ahí que de la redacción...

... de los periódicos, Periodista de nota y ministro de Estado llegaron a hacerse sinóquimos...

... de los periódicos, Periodista de nota y ministro de Estado llegaron a hacerse sinóquimos...

... de los periódicos, Periodista de nota y ministro de Estado llegaron a hacerse sinóquimos...

... de los periódicos, Periodista de nota y ministro de Estado llegaron a hacerse sinóquimos...

... de los periódicos, Periodista de nota y ministro de Estado llegaron a hacerse sinóquimos...

... de los periódicos, Periodista de nota y ministro de Estado llegaron a hacerse sinóquimos...



TOMO PRIMERO

LETRAS

NOVELISTAS DISTINGUIDOS

D. José Joaquín Fernández de Lizardi

D. Ignacio M. Altamirano

D. Vicente Riva Palacio, D. Justo Sierra, padre

D. José T. de Cuellar

D. Fernando Orozco y Berra

191

precisa á la prensa de oposición y sus ataques eran los únicos que preocupaban al gobierno constitucional, por cuanto partían de mano no sospechosa á la causa de las instituciones, realizada por virtudes cívicas casi excepcionales. Entre los colaboradores de *El Monitor* cabe mencionar á D. José Ribera y Río y á don Juan Pablo de los Ríos, y al que tan popular se hizo con sus humorísticas *Charlas dominicales*.

Terciando con esos dos adalides aparece *El Federalista*, fundado bajo los auspicios del gobierno del presidente Juárez por el hábil periodista D. Alfredo Bablot, quien asoció á su obra á lo más granado de la juventud literaria de aquel entonces. Otro diario que, sin la circunstancia de haberse jurado á la defensa de intereses circunscriptos, habría ganado prestigio, fué *La Revista Universal*, de D. Angel Núñez, sujeto nutrido de sólidos conocimientos y dotado de espíritu conciliador, que le hacía poco acepto á los partidos extremos. Andando el tiempo, este diario pasó á dirección distinta, y en él se revelaron talentos distinguidos que ahora recordamos con tristeza: D. José Negrete, muerto en el orto de su vida, D. Eduardo Garay y D. Jorge Hameken y Mejía.

Tras de estos diarios de la afiliación liberal, el que llegó á gozar de una significación lisonjera fué *La Libertad*, sin duda, más que por otra cosa, por la agrupación de jóvenes henchidos de intelectualidad que formaron el grupo de su redacción. Fué en él donde relampaguearon los primeros destellos del positivismo político. *La Libertad* sirvió de sudario á un joven, á Santiago Sierra, en quien la naturaleza había encarnado con esmero las dotes de Psiquis. Mucho le amamos, y pedimos perdón al lector si colocamos aquí una nota personalísima: sólo una lágrima, no más que una lágrima á su tiernísima memoria.

Diaristas dignos de sus adversarios tuvo á su servicio la bandera del *statu quo*. *La Cruz* fué el lábaro enarbolado por la flor y nata del tradicionalismo, signo al que ya no era propicia la victoria. Diario radicalmente católico, él dió campo al lucimiento del hondo saber y de los privilegiados talentos de D. José Joaquín Pesado, del obispo Munguía, D. José Bernardo Couto, D. Luis Gonzaga Cuevas y de algunos más de inferior talla; mas á todos sobrepujó, con tamaños de atleta, D. Ignacio Aguilar y Marocho, que aunaba á un verdadero tesoro de conocimientos, aptitudes tan singulares como las de Zarco para el periodismo de combate. Muerto su partido en el Cerro de las Campanas, Aguilar y Marocho continuó sosteniendo sus ideas con brío de batallador en *La Voz de México*, hoja en que se refugiaron los tenaces imitadores de la mujer de Lot que habían sobrevivido á la espantosa catástrofe de Querétaro.

En el periodismo muy principalmente se abrieron, como en liza de titanes, las polémicas suscitadas por el choque de los dos partidos en guerra, y en ellas se distinguieron, del lado liberal, D. Francisco Zarco, el mártir D. Melchor Ocampo, D. Ignacio Ramírez, D. Joaquín Ruiz, D. Ponciano Arriaga y D. José María Iglesias; y del lado tradicionalista, los redactores de *La Cruz* y el incomparable Aguilar y Marocho, que hallaba recursos y argumentos para defender una causa irremisiblemente perdida.

También la crítica halló espacio en el periodismo para lucir sus juicios. Fueron dos literatos los que más sobresalieron en este género de estudios: D. Ignacio M. Altamirano y D. Manuel Peredo. Aquél, amplio, liberal, estimulando más que corrigiendo, por un procedimiento que, sin ser doctrinario, no perdía de vista los medios que el arte tiene consagrados, sin olvidar tampoco la finalidad de éste. Sus *Revistas literarias* son joyas preciosas de bien equilibrado criterio y de exquisito buen decir, que, exentas de la monotonía y pesadez de la didáctica, se leen con deleite y provecho. Peredo, rebosando de aticismo, en una dicción admirablemente castigada y no porque la castigara, sino porque la corrección y la gracia eran geniales en su pluma, escribió críticas literarias de encantador atractivo. Su habla era como eco de la de los gloriosos maestros de la edad de oro de la hispana literatura.

Don Francisco Pimentel es autor de un grueso volumen intitulado: *Historia crítica de la poesía en México*, afortunada muestra de su rica erudición en literatura, mas no adecuada á hacer aceptables sus doctrinas. Pimentel pecó por el rigorismo, por la nimia severidad, por un incondicional apego á las reglas, en las que cifraba todo el secreto del éxito de la poesía versificada. Maduro, docto, recto y honrado, faltóle una sola condición para ser celebrado crítico en la materia que trató: faltóle el sentimiento poético, lo que le incapacitaba para juzgar á los poetas, á quienes, antes que aplicarles el cartabón de la